



## LA COMPAÑÍA DE JESUS EN COLOMBIA.

### LIBRO SEGUNDO.

1847-1849.

1)—Dos años y medio habían trascurrido desde la llegada de los primeros PP. á la capital, y ya contaba con dos Colegios, un Noviciado y una estación ó residencia en Mocoa: gozábase de calma respecto de los enemigos que parecían ir amainando velas, y aun algunos, dejando añejas preocupaciones, se tornaban amigos: el Gobierno aunque algún tanto exigente y precipitado, como que tenía á la cabeza un militar más acostumbrado á la disciplina de cuartel y campamentos que á la madurez y lentitud de los negocios eclesiásticos y civiles, el Gobierno, digo, se mostraba favorable. Los sujetos con que contaba la Misión Neogranadina, aunque todavía muy pocos para tantas mies como ofrecía aquel inmenso campo, sin embargo, eran absolutamente suficientes para lo que entonces se tenía emprendido, y el noviciado, que iba

1.—Situación de la Compañía.

1847 progresando, comenzaba á ofrecer sus primicias con algunos que habian entrado ya formados. Todo parecía ir en progreso y dar garantías de estabilidad, y sin duda la tuviera si el sistema constitucional de aquellas Repúblicas no tendiera por su propia esencia á la caducidad é inconstancia; mas esta triste circunstancia propia de nuestros tiempos, si bien se debe tener muy en cuenta cuando se trata de acometer una de estas empresas, una vez comenzada, conviene aprovechar todo el tiempo posible para hacer todo el bien que se pueda, por lo mismo que se ignora cuanto haya de durar la ocasión propicia.

Así lo presumía sin duda el fervoroso P. Lainez, cuando sin tomarse apenas tiempo para descansar de sus dos primeras expediciones, dispone ya la tercera á los ríos Caquetá y Putamayo. El 4 de Enero salió para esta nueva correría apostólica, habiendo antes comunicado sus órdenes el Sr. Prefecto, José M. Quintero, para que los Gobernadores le prestasen todos los auxilios necesarios en peones, canoas, víveres, intérpretes, etc.: presto oiremos al mismo Misionero referirnos los frutos de su penoso viaje.

2.—El Padre Visitador Manuel Gil.

2)—Entre tanto, Ntro. P. General Roothaan, por las cartas é informes que le llegaban de los PP. de la Nueva Granada, veía por una parte sus incesantes trabajos en toda clase de ministerios, los abundantes frutos que recogían, la grande estimación de que gozaban, la extensión que tenía la Misión y la que tuviera si se pudiera contar con más sujetos; por otra parte el odio que desfogaban los liberales en sus periódicos, los conatos de las cámaras por deshacerse de los Jesuitas, aquel modo de ser tan dependiente del Gobierno civil, la manera de querer éste inmiscuirse en todo lo relativo especialmente á las misiones de infieles, y en fin el peligro que ofrecía la poca duración de aquellos gobiernos: todo esto que por una parte fomentaba las esperanzas y por otra infundía

1847 muy fundados temores, le hizo tomar la resolución de enviar allá un Visitador con la plenitud de sus facultades, en cuya prudencia pudiese descansar, y puso los ojos én el P. Manuel Gil, Superior en aquella sazón del Noviciado y Casa de estudios en Nibeles. Era el P. Gil uno de los sujetos de mayor mérito de los que entonces tenía la Provincia de España, y uno de los primeros que entraron á la Compañía el año de 16, apenas restaurada. Dotado de singulares talentos no menos para el púlpito que para las cátedras y el gobierno, desempeñó cargos difíciles en tiempos muy aciagos. Era Rector del Seminario de nobles cuando la horrible matanza de los religiosos en Madrid, y expulsados ó dispersos por toda España el año de 35 todos los Jesuitas, el P. Gil logró recojerse á Loyola, en cuyo gobierno se ocupó durante todo el periodo de la guerra civil; mas terminada esta hubo de emigrar á Francia no sin algún peligro, porque el amor y confianza que le dispensaba el rey legitimo Don Carlos V le hacía muy odioso al partido liberal. Persona de tal espíritu y experiencia se requería para arreglar los asuntos de la Nueva Granada, que si bien se mantuvieron prósperos y pacíficos por algún tiempo, no tardaron en enmarañarse y tener el paradero que veremos después. Salió el P. Visitador de su tranquila mansión de Nibeles acompañado del P. Benito Moral y del H. Coadjutor Juan B. Desnosg. Los trabajos y peligros que habian corrido los Misioneros de las anteriores expediciones, en el Magdalena los unos y en el mar los otros, y el haberse de embarcar en un vapor inglés, donde no podrían celebrar el Santo Sacrificio, determinaron al P. Gil á procurar la licencia, que le fué otorgada, de llevar consigo el Santísimo, para tener el consuelo de comulgar algunas veces durante aquella larga travesía. Empezó el buque su marcha saliendo del puerto de Southampton y llegó á Santa Marta el día 17 de Enero después de un mes de

1847 feliz navegación. Otro mes se gastó en subir el Magdalena, sin más novedad que las incomodidades consiguientes á ese género de embarcaciones tan primitivo, que hemos ya referido. El P. Torroella había bajado hasta Honda para recibirle y de aquí marcharon juntos á la Capital, donde fué muy cortés y cariñosamente obsequiado, no sólo por sus nuevos súbditos, sino también por el Ilmo. Sr. Arzobispo y los personajes más notables entre los amigos de la Compañía. Leidas las letras patentes del P. General, quedó instalado en su oficio el P. Visitador, quien confirmó en el cargo de Superior de aquella casa al P. Torroella.

Queda, pues, de esta manera inaugurada la que podríamos llamar segunda época de esta historia, en la que, como se verá, la Misión, aunque no sin contradicciones, siguió prosperando muy notablemente. En todas partes se trabajaba con tranquilidad, así en la educación de la juventud, como en todos los demás ministerios; pero lo que más llamaba entonces la atención, así de los domésticos como de los extraños, eran las noticias del incansable celo del P. Lainez en la conversión de las tribus infieles del Caquetá. Había emprendido, como dijimos, su tercera expedición el 4 de Enero, y después de 37 días de fatigas increíbles, volvió á Mocoa, desde donde dirigió al P. Superior la carta que, como las anteriores, vamos á copiar íntegra, para no privar á nuestros lectores ni de sus interesantes detalles, ni de la unción apostólica que sus palabras respiran: dice así:

*Mocoa 19 de Febrero de 1847.*

Mi Rdo. y apreciado P. Superior.

3.—Carta  
del  
P. Lainez.

Por la que escribí á V. R. con fecha del 1.º de Enero de este mismo año, le anuncié mi próxima salida de Mocoa con el objeto de recorrer el dilatado

1847 teatro de las Misiones en el Caquetá; y por la presente tengo el indecible placer de dar á V. R. la grata noticia de mi feliz regreso á este mismo punto de mi residencia, después de 37 días de excursiones apostólicas entre las tribus salvajes.

Mil alabanzas y bendiciones sin cuento sean tributadas al Padre de las misericordias y al Dios de toda consolación, al que es fuente cristalina de donde nace y corre hasta nosotros todo bien, porque se dignó derramar á manos llenas sus gracias y sus favores sobre mí, que soy el ínfimo y el más ruín de los operarios evangélicos: *ego minimus Apostolorum, Sanctorum minimus*. Gracias también á todos aquellos buenos católicos y almas fervorosas, que levantando sus manos todos los días hacia el cielo para implorar los auxilios divinos á favor de los misioneros y por la conversión de los infieles, les alcanzaron, á ellos grandísima merced, y á mi, salud, fuerzas, seguridad en los peligros y algún acierto en mis empresas. De otra suerte; ¿cómo era posible, mi Rdo. Padre, ni imaginable, que mi expedición hubiese tenido tan felices resultados y que todo hubiera salido á medida de mis deseos?

Convencido desde un principio de que sin tener un conocimiento bastante exacto del país de las Misiones, me sería difícil cosa cumplir debida y escrupulosamente con mi delicado é importante empleo; tomé la determinación de salir de Mocoa con dirección al Oriente, para visitar todas las tribus que posible me fuera, en aquellas partes de este territorio, que lindan con el Marañon. Habiéndome, pues, despedido de mis Mocoas y dejado en mi lugar al R. P. Piquer, emprendí mi marcha en compañía de unos cuantos indios, atravesamos los ríos Mulatoyaco, Rumiayaco y Pepino y fuimos á pasar nuestra primera noche en *Tigreplaya*, desde donde empieza una espaciosa llanura, que se pierde en el Brasil.